

# PAPIRO

Día 9

## La Alternativa

*Deir el-Bahari – Egipto.*

Daryl estrujó el papel entre sus manos. Su estómago se contrajo involuntariamente mientras leía el contenido:

«Averigua todo sobre la Piedra y la máscara de Satdjehuty. Busca conexiones entre ambas...».

Seguir esa orden significaba comprometer su plan. El malestar se convirtió en un oscuro presentimiento al leer la última frase:

«...Regresa a Londres cuanto antes».

Tendría que dejar la expedición, y eso era un lujo que no podía permitirse. Movi6 la cabeza a ambos lados, pensativo. Debía encontrar alguna forma de atender las instrucciones de Malenty y, a la vez, seguir tras su propio objetivo.

Su situación se tornaba crítica. Ahora tenía que averiguar también sobre la máscara de Satdjehuty, la madre adoptiva del fara6n Amenhotep I, según recordaba. ¿Qué camino tomar?, se preguntaba, conforme veía a Amy acercarse.

Le sorprendió su figura, realzada por una falda corta y una blusa ligera, pero más aún la expresión cálida de su rostro, embellecido por la luz del sol.

En ese momento recordó que habían acordado almorzar juntos. Discretamente dobló el telegrama y la esperó en el área que usaban como comedor. Amy ignoraba su relación con Malenty y así debía seguir.

—Buen día —la saludó.

—Hola —respondió Amy al llegar.

Daryl la vio de reojo y se inquietó. Le incomodaba la forma en que los demás la miraban.

—El calor se intensifica día a día. Es natural que se vista así —se dijo—, aunque había algo en ella más provocativo de lo que quería admitir.

Inesperadamente ella lo tomó de la mano. Daryl se sobrecogió un poco y, recordando el telegrama, con voz suave le dijo:

—Tengo que regresar a Londres.

—¿Por qué? —preguntó ella, desconcertada.

—Necesito averiguar sobre la Piedra.



Amy frunció ligeramente el ceño, pero no dijo nada. Daryl sintió que algo, entre ellos, también se quebraba.

—¿Y la expedición? —dijo Amy, preocupada.

—Tendré que abandonarla —respondió él, sumido en hesitación. Pero notó que Amy se llevaba la mano al mentón, como si pensara en algo. Durante un instante, el silencio los envolvió. Hasta que Amy lo rompió:

—¡Tengo una idea! —exclamó, sorprendiéndolo.

Daryl la miró a los ojos, esperando. A pesar del calor, sentía que el tiempo se había congelado. ¿Qué alternativa podía ofrecerle?, no se le ocurría ninguna. Los segundos pasaban sin que atinara a imaginar qué podía ser. Ella lo observó fijamente. Sus ojos tenían un brillo que reflejaba seguridad, como si hubieran visto algo que él era incapaz de mirar. Pausadamente posó su mano derecha en el corazón de Daryl mientras le decía:

—Le pediré a mi papá que lo averigüe en tu lugar.

Daryl vaciló. La propuesta le pareció inadecuada. Sin embargo, esperó a que Amy terminara de hablar.

—Él trabajó para el Museo Británico y conoce al personal.

—Además, tiene experiencia en temas de Egipto —añadió.

Daryl no contestó. No le gustaba la idea de involucrar al padre de Amy, pero tampoco quería abandonar la expedición. Esa disyuntiva lo obligó a reaccionar: se levantó de la mesa, se tocó el mentón y empezó a hablar en silencio, sopesando sus opciones mientras miraba a Amy, quien se veía feliz de haber encontrado una alternativa, y le decía:

—Así seguiremos juntos mientras él nos ayuda a encontrar lo que oculta la Piedra.

Daryl seguía pensativo. No conocía bien al padre de Amy. Una parte de él dudaba de que alguien con vínculos tan estrechos con el Museo Británico pudiera actuar con total independencia y confidencialidad.

Finalmente, con algo de reticencia, Daryl le dijo:

—Gracias, Amy. Creo que tienes razón —y le dio un beso en la mejilla.

Ella se levantó, se despidió y empezó a caminar. Daryl no le quitaba la vista de encima y notó que, a diferencia de otras ocasiones, una sonrisa adornaba su rostro y lucía radiante. Se dio cuenta de que Amy quería lo mejor para él y que su inocencia empezaba a gustarle. A partir de ese instante su interés por ella cambió.

Aún era temprano, pero Daryl sentía la necesidad de que el día terminara. Estaba atravesando por un momento difícil y su confianza empezaba a menguar. Ya no se veía como el intrépido académico de siempre. Había pasado poco tiempo, pero los resultados no eran los deseados. Acostumbrado a trabajar solo, le era difícil depender de los demás. Eso lo ponía nervioso y afectaba su concentración. Pensó en Amy y murmuró en silencio:

—Las cosas están tomando otra dirección, pero con ella de mi lado podré controlar los acontecimientos.

Se había propuesto tomar la situación con calma y analizarla en profundidad.

Aceptaba la ayuda, sí, pero aún no estaba listo para confiar por completo.

Su compromiso era con Malenty, y solo con él.

## El Ojo de Horus

*Valle de los Reyes – Egipto.*


Algunos rayos del sol alcanzaban a entrar a la tumba. Aún no era mediodía y el rostro de Nafir ya resentía el calor. El sudor resbalaba por su frente y se acumulaba en los surcos bajo sus ojos, humedeciendo la piel agrietada por el tiempo y la intoxicación. Sus piernas temblorosas suplicaban un descanso, mientras su mente se ofuscaba ante la falta de resultados.

Habían pasado varios días sin encontrar indicios de los venenos. De vez en cuando, el polvo se levantaba y cubría parte de las paredes, cuyos grabados parecían indescifrables.

Con el paso de las horas, la inclinación de los rayos solares se alineó con la entrada, permitiendo su paso por el pasadizo. Uno de ellos se filtró hasta la capilla, reflejándose en una vasija y proyectándose en la pared opuesta a Nafir. Sorprendido, observó cómo el punto de luz se mantenía fijo en la parte alta de la pared, incluso cuando él se movía. Buscó la fuente, pero no tuvo éxito.

Haciendo un esfuerzo, Nafir se apoyó en su pierna menos débil, subió a una tarima y limpió la pared alrededor del punto de luz, esperando borrarlo. Pero al hacerlo, se quedó sin aliento: desveló un bajorrelieve con dos grandes ojos que parecían mirarlo fijamente. Tras un instante de vacilación, exclamó:

—¡El Ojo de Horus! ¡Encontré el antimonio!

—El Ojo de Horus  es el jeroglífico y símbolo que los antiguos egipcios asociaban con la protección y la buena salud. Se untaban un pigmento negro o kohl alrededor de los ojos para oscurecer sus párpados y protegerse de la luz del sol. Este pigmento lo obtenían al combinar antimonio con azufre — recordó Nafir.

A pesar de no creer en lo sobrenatural, le inquietaba que aquel extraño hallazgo ocurriera justo cuando más lo necesitaba. Aún debía corroborar si ese símbolo también aparecía en el papiro Ebers. Sin embargo, haber

encontrado el primer veneno le infundió ánimos para seguir buscando los demás y, lo más importante, para determinar cómo estaban mezclados.

Motivado, Nafir se secó el sudor del rostro y continuó leyendo las paredes durante varias horas más. La luz empezaba a escasear, dificultando su tarea.

Por un momento recordó a Sofía y el enigmático amuleto de la diosa Hathor que lucía en su delicado cuello. Involuntariamente, se preguntó cuál sería la relación entre ambas. Era una pregunta sin una respuesta clara.

No era tanto su belleza, sino el misterio, lo que más lo subyugaba.

Antes de irse a descansar, sacó su cuadernillo de notas y escribió con pulso tembloroso:

*“La verdad no se desvela: como alma errante, llega cuando menos la esperas”*  
—Nafir Taruf

## El Papiro Ahmes

*Londres – Inglaterra.*

Ferdy, el padre de Amy, recibió con interés la invitación de su hija. Siendo un hombre de acción, extrañaba la emoción del trabajo y la convivencia con sus antiguos colegas del museo.

Desde su regreso de Saqqara, comenzó a sentir debilidad, y al percatarse del deterioro de su salud, se jubiló. Aceleró todo en Londres. Quería que Amy tuviera la oportunidad de unirse a la segunda expedición. Le había dejado a su hija la entera responsabilidad de encontrar el papiro. Obtenerlo era urgente si querían encontrar el antídoto. La invitación representaba un desafío que podría afrontar y, además, apoyaría a su hija. Confiaba en su experiencia y creía que, con la ayuda de sus conocidos, en poco tiempo completaría la tarea. Conocía bien la Piedra de Rosetta y buscaría descubrir lo que ocultaba.

Se vistió rápidamente y llegó al Museo, donde fue recibido con gusto. Tras los saludos cordiales y algunos recuerdos compartidos, se puso manos a la obra.

Comenzó por examinar la parte externa de la Piedra, tomando las medidas con sumo cuidado: altura: 112.3 cm; ancho: 75.7 cm; profundidad: 28.4 cm; peso: 760 kg. "Este paso era obvio y necesario", pensó. Ahora llegaba la parte interesante. "¿Qué otra característica es importante?", se preguntó.

Luego de consultar con el personal, le sugirieron investigar el material del que estaba hecha la piedra. "Por supuesto, eso también es relevante", afirmó, y de inmediato revisó la documentación del museo. Material: granodiorita. Así comenzó a recopilar toda la información disponible, procurando no omitir ningún detalle. "Es evidente que quien ocultó algo en la Piedra, tomó en cuenta todo esto", se dijo a sí mismo, rascándose la barbilla y soltando una lenta bocanada de humo.

Las horas pasaron y poco a poco decayó el ánimo de Ferdy. No sabía por dónde seguir, ni tenía otras pistas. La Piedra guardaba su secreto más allá de lo visible. Se dio cuenta de que no sería fácil descubrirlo. Agotado, agradeció al museo

por su cooperación y se retiró a su casa. Informaría a su hija de lo obtenido, aunque sabía que esto no le sería de gran ayuda.

Ferdy llegó a su casa, seguía pensativo; no quería rendirse tan fácilmente. Comenzó a repasar otros aspectos. "Debe haber algún mensaje", se dijo, y nerviosamente empezó a caminar en círculos por la habitación, fumando sin importarle que eso lo perjudicaba. Recordó lo que su hija le había escrito sobre el texto del cuadro de la diosa Hathor, encerrada en un círculo, que a Daryl le había parecido una rareza:

"Las 7 hijas de la diosa Hathor recibirán el círculo de Ahmes, le quitarán lo que está en la Piedra y te darán las 7 llaves, siendo la primera el lado del cuadrado".

Como egiptólogo, Ferdy sabía acerca de la diosa Hathor y sus 7 hijas. Hathor fue la diosa primordial del Antiguo Egipto, de la cual se derivaron todas las demás. Se le representaba con un círculo solar sobre la cabeza y era la patrona de la música, la danza, la alegría y la fertilidad. Se decía que sus 7 hijas aparecían al nacer un bebé, y podían decirles a sus padres lo que estaba escrito en el destino de su hijo", meditó Ferdy. Él no creía en este mito, pero ahora debía escudriñar todo sin prejuicios. Su deber como padre lo motivaba a buscar incluso bajo las piedras. No era él o su prestigio lo que en ese momento importaba, sino su querida hija.

Ferdy tenía a su favor, entre otras virtudes, que conocía el papiro escrito por el matemático Ahmes alrededor del año 1550 a.C. Aunque no era papirólogo, recordó que en uno de sus problemas se mencionaba un círculo. La intuición le habló y sintió la necesidad de buscar más información en su biblioteca. Tras una intensa búsqueda entre artículos y reportes, tanto antiguos como recientes, encontró una nota que decía:

"El área del círculo es igual a la del cuadrado cuyo lado vale los  $\frac{8}{9}$  del diámetro de aquel".

Era la forma en que el papiro de Ahmes describía la solución al problema 50, mucho antes de que se conociera el número Pi ( $\pi$ ).

Aunque la afirmación parecía correcta como definición o postulado, para él carecía de sentido y no sabía cómo aplicarla. Así que repasó minuciosamente el texto de la diosa Hathor para ver dónde podría encajar esta información.

La primera parte parecía la más indicada. "...recibirán el círculo de Ahmes". Lo leyó varias veces. "¿Qué significa esto?", se preguntó, pero no pudo deducirlo. La noche había caído y el cansancio pesaba sobre sus hombros. "Mañana será un día aún más difícil", pensó, y aunque la emoción le impedía dormir, después de varias horas cayó rendido, fatigado por el esfuerzo.

----- O -----

El tiempo se agota.

Daryl, Nafir y Ferdy; Tres mentes, tres caminos, una sola búsqueda.

**¿Quién llegará primero?**

---

Fernando Perales